

Dossier

*Presencia poética
del Táchira*



Rafael Sánchez.

Título: Calas Invertidas,

Técnica: Acrílico sobre tela.

Dimensiones: 130 cms x 130 cms, Año: 1997.

La poesía

en el Táchira

Luis Cardozo

Constituye el Táchira, entre los estados del eje occidental de Venezuela, una larga frontera abierta hacia los mil caminos de los Andes suramericanos, y por los Andes al pacífico y por este océano al mundo. Representa esa gran ventana geográfica del país también un espacio despejado a todas las manifestaciones del humanismo, del arte. Entran por él los novísimos movimientos literarios y corrientes artísticas, así igualmente salen por esa extensión las obras de los pintores, escultores, los libros, las conferencias de los creadores nativos. El estado en sí, en lo económico y social, surgió de la agricultura y de la industrialización del café, fundamentalmente, lo cual permitió en buena medida mantener el verdor de sus bosques, levantar una arquitectura adecuada a esa producción —las urbes nacidas del café— y una actitud ciudadana donde se mezclaban el recogimiento montañés con la tranquilidad y seguridad económica engendrada por ese tipo de agricultura. Bello paisaje ecológico, pues, y una sana población de hombres recios y venustas mujeres.

Fue, en honor a la verdad, Emilio Constantino Guerrero (La Grita, 1866- Río de Janeiro, 1920) el fundador de la poesía en el Táchira. Publica en 1915 *Poemas originales*; ese libro, nutrido, en sus mejores composiciones, de la lírica de la georgicidad (nativismo) crea una tradición literaria regional, la cual pervivirá hasta bastante avanzado el siglo vein-

te: una ódica enraizada en su entidad, ambiente campesino, paisaje, sentimientos identificados con esa circunstancia.

Define el inmediato capítulo de la poesía tachireNSE el discurso lírico de Manuel Felipe Rugeles (San Cristóbal, 1903- Caracas, 1959). Ocupa este escrito un altísimo nivel en la perspectiva de la literatura venezolana contemporánea. Aunque su escritura *no* se identifica con los postulados estéticos del grupo *Viernes* (1936-1941) no obstante allí, con ellos, comenzó su carrera literaria, primer escenario donde confrontó su ódica mediante la plática cordial con tan significativos escritores. Iban las búsquedas expresivas de Rugeles por otros derroteros. Uno de los poemarios más hermosos del siglo veinte literario venezolano sobre la tierra nativa es *Aldea en la niebla* (1944). Se desarrolla en sus páginas, de manera fulgente, el tema de la georgicidad. Lírica inspirada en el mundo campesino, de los panoramas sometidos a la agricultura, de la belleza domesticada del ámbito rural, de esa geografía dulcemente por el labrador domeñada para la obtención del alimento, la fecunda gleba de los valles, de las faldas de las imbricadas colinas del Táchira. Exaltación de ese paisaje entre silvestre y humano, de campos provinciales de un verdor tranquilo y ordenado, bajo el cuidado y la vigilia amorosa del agricultor, de la comarca salpicada de aldeas, de pueblos, de plantíos, de rebaños, de abejas, sustentadores de la atenuada alegría de la sociedad rural.

¡TIENDEME LA MANO!

Viejas leñadoras,
muleros, pastores, labriegos,
van entre la niebla,
la niebla se extiende por todo el paisaje.

Niebla de los pinos,
niebla de los sauces,
niebla de los paramos,
niebla de los valles.

El humo que sale de las viejas chozas
se hiela en la niebla de estas soledades.

¿Quién canta en la tarde
quebrando el silencio

blanco de la aldea?

Hermano labriego, tiendeme la mano.

Hermano: contigo yo vivo esta hora
de niebla en el campo.

Ocupa el espacio inmediato de la poesía tachirense el nombre de Juan Beroes (San Cristóbal, 1914- Caracas, 1975). Confluyen muchas vertientes de la espiritualidad en los versos de Juan Beroes, desde la tesis humanitaria del dolor del hombre en una sociedad fragmentada por la injusticia a lo largo de su historia hasta un nivel de aguzada exigencia en la reflexión sobre la poesía misma, la poesía cual perfección de la subjetividad y reflejo fiel del alma, la obra de arte como ascensión del pensamiento y la belleza hacia la tangibilidad del espíritu, y esto en Beroes destaca como la preocupación cardinal estética a la cual se sujetan, se disciplinan, sus otras búsquedas.

“Inclínate, alma pura: ¿ves la hora dorada
en que soplan las islas su verdor silencioso
por un cuerno de luna, que con paso armonioso,
transita los espacios de la tarde hechizada?

(...)

¡Alma pura, arrodíllate; por el mundo en reposo,
va volteando la noche su colmena estrellada!”

(De *Poemas itálicos*. 1956)

Exigente en la escritura, en la amistad, en el sincero y auténtico amor por su País y sus hombres, en la calidad y en el rigor creativo. Por todo ello dejó para solaz de los buenos lectores más de una docena de poemarios inmortales, con los cuales su sombra y su mito cruzarán con su impecable dignidad y soledad de siempre, de la mano de la belleza y el sentimiento, por las veredas de la eternidad.

Se le imprimió un nuevo impulso a la poesía de San Cristóbal y poblaciones aledañas con la llegada de Pedro Pablo Paredes (La Mesa de Esnujaque, 1917) al Táchira. Fundador del grupo literario Yunke (o Yunque) junto con Aurelio Ferrero Tamayo, J. A. Escalona-Escalona, Horacio Cárdenas, Manuel Osorio Velasco, de 1943 a 1946. Abarca hasta el presente la poesía *en verso* de Pedro Pablo Paredes seis títulos los cuales a su vez comprenden dos grandes preocupaciones de su existir: poemarios orientados hacia la búsqueda del poema en sí mismo, estrofas para contener una vivencia, una reflexión sobre los retos eternos, el

tedium, el tiempo, la muerte, el espejo de la amada, el amor, trovador del espejismo del mundo y de las andanzas por las veredas de las horas, regocijo y melancolía de pertenecer a la luz. Representa la otra vertiente la comarca donde el bardo levantó su tienda bajo el sol, San Cristóbal y sus alrededores, su valle en la serranía, su clima, sus verdes faldas, su río, su luz, su gente y su huella.

“NIEBLA”

Sutil va la maraña
Enredándose... Sus flecos,
ya en el alcor, en la caña,
donde palpitan los ecos
más hondos de la montaña:
en todo. Y tú vas y vienes
conmigo, entre tanta albura,
más alba aún, porque tienes,
también, la niebla —a la altura
de los sueños— por las sienas.”
(De *Alcor*. 1970).

Comienza a agruparse en torno a Pedro Pablo Paredes, a partir de 1964 en la asociación literaria “El Parnasillo” una generación significativa de escritores quienes veían en él al maestro real, guía y consejero de sus composiciones; viene a la memoria los nombres de María Luisa Alonso, Elio Jerez Valero, Rafael María Rosales, Etha de Ramírez. Merecen todos ellos una reflexión detenida sobre sus composiciones.

Comienza a dar a conocer sus versos Dionisio Aymaré (San Cristóbal, 1928- Caracas, 1999) a mediados de la década del cincuenta. A lo largo de sus veinte poemarios el escritor ha movido su inquisitivo yo como un desesperador y apasionado peón en el tablero del mundo. Patético en su nunca perdido asombro ante la avasallante realidad, en su exaltación del ego, en su ético acercamiento a la historia y sobre todo a Bolívar, en la fuerza santa de la ira, en su dolor por la destrucción social nacida del lado persistente de la irracionalidad humana. Ha caminado en el tiempo su elocución lírica desde una poesía adjetival, preocupada por la musicalidad, armonizaban con al artísticidad de las composiciones, hasta una expresión nominal substantiva, sometida ahora la palabra a ser soporte de ideas, de las afirmaciones conceptuales, de las acusaciones enardecidas, de la exasperación.

“Tu la más honda
tú la más desgarrada
la más desgarradoramente lúcida
la más apta
para hacernos humildes y poderosos
como el amor
nos seguiste a lo largo de las edades
y en ésta
que nació con la agonía de millones de hombres
estarás con nosotros
estarás con nosotros hasta el final”.
(De *La ternura y la cólera*. 1977).

Más de quince opúsculos prueban la vocación de Marco Ramírez Murzi (San Antonio del Tñachira, 1926- Caracas, 1997) por este mester donde el arte y el espíritu dialogan en ese tratar de entender los misterios. Pródigo, sereno o desesperado, con reflexión o a veces con pasión, crédulo o escéptico, poco a poco sus libros abriendo han ido la trocha de su existencia. Sus cogitaciones sobre el olvido, el símbolo polisémico de la noche, su compromiso absoluto con el amor y el padecimiento del sortilegio de la soledad estructuraron la urdimbre de sus versos para legar a la poesía del País la escritura de la eterna angustia, vivir para morir.

“En la muerte,
toda la soledad se queda sola,
tan alta y verdadera,
que ya no la tenemos, porque somos
ella misma, por fin.”
(De *De amar y andar*. 1967).

Tres poetas solitarios: Emiro Duque Sánchez, Simón Darío Ramírez y Cecilia Dulcey. Aunque nacido en Zea, Mérida (1915), Emiro Duque Sánchez vivió la mayor parte de su vida en el Táchira, hasta su muerte en San Cristóbal en 1955. Retoma en su poemario fundamenta, *Cauce* (1941), el hilo de la tradición ódica tachirense de la georgicidad.

“La montaña está en mi. Yo soy el eco
doliente de sus quenás.
Hay nieblas en las tardes de mis días

y savias de sus bosques en mis venas.

(...)

La montaña está en mi. Late en el alma
de mi arcilla sensible.”

Construye Simón Darío Ramírez (San Antonio del Táchira, 1930-Mérida, 1978?), por el contrario, una poesía intimista orientada hacia la búsqueda de un espejismo, el poema joya sustentado sobre el ludismo de los recursos expresivos artísticos del lenguaje. Clavar la *kalós* en sus estrofas su pasión fue.

“SALAMANDRA

En la música
de la palabra
de la piedra
de lo instantáneo
(infinito aroma de la llama)
arde la flor
y el silencio reverdece
(frecura de brasa en tus senos)
bajo el texto”
(De *Carta de baraja*- 1984 p. 53).

Subyace a la trama de los múltiples temas e inquietudes espirituales de las cantigas de Cecilia Dulcey (La Grita) una patética concepción muy femenina del mundo. Habla por sus versos siempre la mujer y su reclamo. Componen sus libros gritos convertidos en odas.

“suave escala de lirios del pecho hasta la boca
jardín de tibios nardos desde el pecho hasta el vientre
pálidas azucenas en los muslos temblando
y una oscura campánula en lo intacto del vértice”
(De *Térrible claridad*. 1988. p. 45).

Entre 1963 y 1969 un grupo de jóvenes intelectuales, residiendo en San Cristóbal, pintores y poetas, se cohesionan bajo el nombre de un espacio, la “Cueva Pictolítica”. De quienes asumieron allí la poesía con pasión quedan los nombres de Rafael Guerrero y Pablo Mora (Santa Ana del Táchira, 1942). Ha levantado este último su ódica sobre su corazón, su bondad, su humanismo, su exigencia. Componen

con sus palabras desatadas, libres cual su desborde imaginativo, una lírica tupida, hermosa. Dona con sus versos una escogencia: su retante encuentro con el devenir cotidiano, hombres, sucesos, entorno, para compartir en sus páginas su alacridad o su desdicha. Intercalando a veces en sus estrofas versos de poetas amigos o lejanos rinde así su homenaje al canto mismo como obra colectiva del *Dasein*, bajo su eslogan "Poesía Sociedad Anónima". También, en algunos de sus opúsculos, retoma el hilo de la lírica de la georgicidad.

Se crea en 1979 en San Cristóbal el "Taller Literario de Participación Libre", coordinado por el poeta Antonio Mora. Será fruto de esa labor una publicación anual bajo el título de *Zaranda* (1980-1994) dirigida por el mencionado escritor, en ella se recopilan los escritos significativos producidos en ese taller. De la larga lista de sus integrantes se han seleccionado los nombres de aquellos quienes continuaron su expresión en libros de poesía independiente: el mismo Antonio Mora, Marisol Pérez Melgarejo, Luis José Oropeza, Manuel Rojas y Homero Vivas.

Del caleidoscopio temático aprisionado en el red de los versos de Antonio Mora (Pregonero, 1947) se destacan aquellos alimentados con la historia regional, célebre su composición inspirada en ese complejo personaje llamado Cipriano Castro. Deja Marisol Pérez Melgarejo en su poemario *Al regreso de la guerra* (2000) un sabor de patente contemporaneidad, una trova construida con elementos provenientes de la encandecida atmósfera política epocal la cual ilumina con sus sentimientos, con sus palabras para universalizar la realidad de su circunstancia con los recursos de la *safêneia*, la diafanidad, la precisión composicional de sus estrofas.

Sorprende Luis José Oropeza en sus últimos cuadernos *Espérame en Peribeca* (1998) y *A veces el mar* (2000) por el sencillo tramado de sus estrofas, la elegancia escritural de sus versos, en su lenguaje desenfadado, libérrimo para enaltecer la utopía del optimismo. Sin lugar a dudas su lírica se desplaza por los rieles de la sugestividad y el fino humor cual una perenne invitación al lector de asumir la parcela alegre de esta única oportunidad.

Entretejió vivencias renacidas con el agobio de la memoria de una rica existencialidad y un permanente reflexionar sobre las mismas Manuel Rojas en su último poemario hasta ahora *Hojas de ceniza* (1999). Su lenguaje culto, denso, no está privado de espontaneidad para transmitir sus sofrenadas emociones.

Porta un hondo dejo de melancolía, de una visión pesimista del entorno manifestada en desgarrada angustia cuando no la oculta muerte deja pasar su presencia, el libro *Ciudadela sitiada* (1996) de Homero Vivas. Se topará el lector en sus páginas con la tristeza, la pesadumbre, pero también con la gratura de excelentes versos.

En la esquina del fin y comienzo del milenio cuatro nombres ocupan el nuevo espacio emergente de la poesía del Táchira. Se echó sobre los nombres ocupan el nuevo espacio emergente de la poesía del Táchira. Se echó sobre los hombros durante muchos años Carmen Teresa Alcalde la responsabilidad de mantener la necesaria dinámica de la vida cultural de San Cristóbal, nunca desde una fosilizada posición burocrática sino por el contrario asumiendo siempre el reto de mantener despierta el alma de la creatividad. La dignifica una de sus últimas tareas hasta el presente, la dirección y reorganización de la "Peña Literaria Manuel Felipe Rugeles". Alrededor de cinco opúsculos conforman su haber a la lírica regional. Rieña en sus estrofas una serena luminosidad a la par de su sobriedad expresiva sobre las cuales descansa la firmeza de sus planteamientos, aunque siempre desde la marcada perspectiva de la mujer, presente en su voz, en su queja, en sus solícitos anhelos venidos desde lo más hondo de su feminidad.

Regala a los otros en dos de sus libros, *Por la señal del azahar* (1996) y *Lunas y ocultamientos*, Leonor Peña, la frescura de la plenitud de la aventura de existir con toda su riqueza, en lo temático; más en lo formal hay una fuerte y conciente voluntad de ascender la escritura hacia la magia de la *kalós*. Pone por eso a danzar en sus poemas el cuerpo y el espíritu de la mujer absoluta en medio de la euforia de crear. Extrae de su lenguaje ódico, cual una hechicera, el tesoro de las vivencias del amor, el oro del recuerdo, de la alegría. "Como recién surgida isla / después de profundas convulsiones / te recibo en mi nueva geografía" (...) (*Lunas*. P. 17).

Entrecrúzanse en las composiciones líricas de Carmen Rosa Orozco tres horizontes estructurantes: su honda cultura humanística (pese a lo joven: *San Juan de Colón*, 1975), su inteligente precisión en el decir, la pureza (y firmeza) de sus sentimientos. Armada así, entonces, comienzan los diálogos de sus versos con su entorno, con lo epocal, con los otros (habitantes del umbral del amor o del odio). Queda en el lector el sabor de una poesía intensa, desgarrada, confrontante, auténtica. Reposa, pues, su *kalós* en el cruce de esas perspectivas.

Testigo de excepción de su década de entrada al mundo de la literatura, la de los años noventas, asume Ernesto Román Orozco en su opúsculo *Los zapatos descalzos* (1995) su juglaría armado de un lenguaje sustentado en una actitud postmoderna, cargado de ironía, de sátira, de filoso humor, recursos mediante los cuales transmuta en poesía sus vivencias de la calle, ese espacio donde la realidad posee un rostro sin afeites. Apelan en estas páginas sus versos a lo burlesco, lo nihilista, la caricatura, a lo anárquico. Sin embargo en su segundo cuaderno *Las piedras inconclusas* (2001) hay un cambio en su horizonte escritural: se ha tornado más sereno el discurso, ahora son pequeñas odas cargadas de reflexión y hay una búsqueda de la belleza formal. Sorprendente armonía del bardo con la tradición lírica.

Quedan, por supuesto, otros nombres. De los muy jóvenes vienen a la memoria el de la poetisa de San Pedro del Río, Dévora Morales, y el de José Gregorio Vázquez. Además los novísimos agrupados bajo la denominación de "Nadie Nos Edita Editores", con su importante revista Sujeto Almado.

Concluye así, pues, esta aventura por el bosque de la palabra encantada de los poetas del Táchira. En ningún momento exhaustiva sino más bien panorámica. Podrían deducirse muchas inferencias de esta exposición pero ello sería de interés secundario, no obstante hay una especie de moraleja obligatoria de destacar: la mejor literatura venezolana, hoy por hoy, se escribe en la provincia.

Mérida, junio de 2002